

¿La paz o la guerra?

***Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla**

Alejandra Laera

Universidad de Buenos Aires/Universidad Nacional de San
Martín/CONICET

“¿No es esto lo que vemos todos los días?
La paz y la guerra, ¿no se resuelven así?”

Lucio V, Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles*, 1870 (314)

Otro final de la excursión por la paz: el cautiverio del perro del coronel

Casi al final de *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), Lucio V. Mansilla cuenta uno de los últimos episodios vividos en su estadía en Leubucó, capital de las tolderías ranquelinas ubicadas en el centro-oeste de la región rioplatense, adonde había llegado con una pequeña comitiva para la firma de un tratado de paz con el cacique principal, Mariano Rosas. Antes de encarar la travesía de unos cuatrocientos kilómetros que lo llevaría de vuelta a Río Cuarto, la localidad de la provincia de Córdoba donde estaba el Fuerte Sarmiento del que era Comandante de Fronteras, el coronel Mansilla le hace una visita al cacique Ramón, uno de los hermanos de Mariano Rosas. A último momento, cuando está todo listo para que deje los toldos, Ramón le pide como regalo a su perro Brasil. Sabiendo que el perro iba a resistirse, Mansilla lo ata a un palo para que no pueda escapar mientras él se aleja de la toldería. Si bien, en principio, parece tratarse de una anécdota simpática en la que se habla de animales domésticos y se intercambian regalos, su

construcción resulta significativa, sobre todo por ciertos detalles que agrega Mansilla:

Al abandonar el toldo de Ramón entré en él a despedirme de su familia. El movimiento que reinaba, dijo claramente al instinto del animal que su libertad había concluido; viéndome salir sin él, prorrumpió en alaridos que desgarraban el corazón. ¡Quién sabe cuánto tiempo ladró! Probablemente no se cansó de ladrar, y Ramón, cansado de sus lamentaciones, le soltó viéndonos ya lejos. Brasil se dijo probablemente también, viéndose suelto: *Ils vont, l'espace est grand*; pero yo les alcanzaré, y se lanzó en pos de nosotros huyendo de aquella tierra donde los de su especie le habían hecho perder la buena opinión que tuviera de la humanidad. Los dos polvos avanzaban sobre nosotros con celeridad.

Teníamos la vista clavada en ellos. De repente, la nube más cercana se condensó y Camilo Arias gritó: —¡Ahí lo bolean! Lo confieso, persuadido de que era Brasil que venía hacia nosotros, las palabras de Camilo me hicieron el mismo efecto que me habría hecho en un campo de batalla ver caer prisionero a un compañero de peligros y de glorias. (379)

¿Acaso no se trata, en medio de un relato sobre la paz con los indios, de la inclusión de una escena de cautiverio, propia de lo que solía ocurrir en el llamado “desierto”, que se construye invirtiendo sus principales elementos y en la que se reactualiza el imaginario de la guerra con proyección histórica y literaria?

En la escena, el cautivo no es un hombre sino un perro, que es boleado por los indios solo cuando busca escapar tras haber sido entregado por su dueño, el coronel Mansilla. Junto con estas inversiones, los atributos del animal que protagoniza el cautiverio profundizan la desestabilización de la escena y por extensión, propongo, de la paz. Porque el perro lleva el nombre del imperio con el que se alió la Argentina en la Guerra de la Triple Alianza contra Paraguay (1865-1870) y de la que venía de participar Mansilla: Brasil, entonces, animalizado y entregado a los indios como cautivo por el militar argentino, conecta la expedición a Tierra Adentro con un marco histórico-político bien concreto y de orden bélico, que ya no solo remite al pasado (como los relatos enmarcados o ciertos episodios rememorados que sobre la Guerra del Paraguay se incluyen en *Una excursión a los indios ranqueles*), sino al presente mismo.¹ El viaje que culmina con la firma del tratado de paz con los ranqueles termina también, como lo sugiere el relato, con la acechanza de una guerra transnacional reciente en la que, si bien triunfaron los aliados, el resultado fue, de todos modos y según era sabido, un desastre humanitario y económico así como un fracaso geopolítico para el país

¹ Para los datos históricos sobre la participación de Mansilla en la Guerra de la Triple Alianza, y un cotejo descriptivo entre las notas que escribió para la prensa durante el episodio y las anécdotas que incorpora en *Una excursión a los indios ranqueles*, ver French 2005.

en relación con el fortalecimiento del poderío regional de Brasil. En el episodio del cautiverio del perro, Mansilla, a quien como consecuencia de una participación accidentada en la guerra en vez de ascenderlo a general lo nombran comandante de fronteras, le cambia el final a la historia: el militar argentino, acá, casi a modo de metáfora, rompe la alianza con Brasil y lo entrega. La guerra del Paraguay y la guerra contra el indio, podríamos decir, se solapan e intercambian sentidos en esta escena de cautiverio.

Más todavía: hay un escorzo en el relato que, por la misma vía del cautiverio, conecta la paz lograda con los indios ya no con los acontecimientos histórico-políticos sino con la literatura. Cuando el perro se libera de las ataduras y corre hacia él, Mansilla hace una conjetura: “Brasil se dijo probablemente también, viéndose suelto: *Ils vont, l'espace est grand*, pero yo les alcanzaré (...)” (379). En la construcción de Mansilla, Brasil no es solo un perro sino... ¡un perro letrado! porque piensa y lo hace con una frase de Victor Hugo, del extenso poema narrativo *Les orientales* (1829). Se trata, aunque Mansilla sabiéndolo no lo diga, de los mismos versos que usó en 1837 Esteban Echeverría como epígrafe reiterado de *La cautiva*, erigido inmediatamente por sus congéneres como el poema fundacional de la literatura argentina. Solo que mientras con “*Ils vont...*”, del poema “*Mazeppa*” incluido en *Les orientales*, Hugo se refiere al viaje por el desierto del héroe romantizado y su caballo, Echeverría, en *La cautiva*, se refiere al retorno a través del “desierto” de María y su esposo Brian, a quien rescata de los toldos. Mansilla, así, por un lado repone en el “*Ils vont*” el elemento animal, aunque por otro lado opera una nueva inversión al desromantizarlo por completo, porque el que cita al poeta es el perro mientras quienes “se van” son los integrantes de la expedición militar.

Que el desenlace de la escena de cautiverio del perro, en lugar de sostener el tono de comedia por medio de un final feliz en el que el perro vuelve con su amo, sea deceptivo y asuma un tono casi melancólico, pone en suspenso toda diversión para dar lugar al remordimiento y para hacer evidente la precariedad del estado de paz. Y tal cual: el tratado de paz que tenía el aval presidencial de Domingo F. Sarmiento, pero que precisaba todavía la aprobación del Congreso, queda sin efecto, ya que al volver de su viaje Mansilla se entera de que no consiguió esa aprobación y de que, encima, había sido desplazado de su cargo por haber hecho fusilar a un desertor sin el debido protocolo. Con la narración de la anécdota del regalo del perro como escena de cautiverio en *Tierra Adentro*, Mansilla recupera a la vez un imaginario bélico (la Guerra del Paraguay) y un imaginario literario (*La cautiva*) que, imprevistamente superpuestos, proyectan

sobre la paz con los indios un horizonte de guerra. Pero ese horizonte de guerra no es una mera construcción textual que contemporáneamente responde a la fallida misión de paz y que retroactivamente podemos leer como anticipo de la autodenominada Conquista del Desierto de 1879 llevada a cabo por Julio A. Roca bajo la presidencia de Nicolás Avellaneda (1874-1880). Tiene además, hacia atrás, un antecedente ineludible en la Campaña del Desierto de 1833 emprendida por Juan Manuel de Rosas en el interregno de sus dos gobiernos en la provincia de Buenos Aires, la misma que está implícita como telón de fondo en el poema de Echeverría.² Ese antecedente bélico, además, evoca la historia de vida de Mansilla, de quien Rosas era tío materno, y de Mariano Rosas, de quien fuera padrino tras recibirlo como prisionero al terminar la campaña y darle su apellido.³

La guerra, así, tras haber sido rechazada como épica en tanto objetivo del viaje y de su narración, y tras haber sido confrontada en el viaje diplomático con las negociaciones por la paz, emerge en el relato desde todos los frentes: histórico-políticos, autobiográficos, literarios. La guerra está en el pasado, perturba el presente y se anuncia en el futuro. Y si la distancia entre la paz y la guerra se mide en la distancia entre el viaje y su relato, cuando Mansilla ya sabe que el tratado con los ranqueles no tiene validez, el último recurso parece ser contar la expedición militar como excursión, adoptando un tono de comedia que oscila entre la ligereza y la decepción, entre la posibilidad de un desenlace feliz y la comprobación de un mal final.

² Es fundamental, para devolverle toda su politicidad, leer *La cautiva*, de 1837, a la luz de la campaña de Rosas, de 1833, a la que evidentemente alude al mencionar las luchas entre los milicianos y los indios que hicieron, de hecho, que Brian fuera tomado prisionero y que María, su esposa, se encontrara entre los indios para rescatarlo. Mientras el viaje ficcional, simbólico y civil no solo se hizo muy conocido a partir de su publicación sino que se convirtió en una referencia indiscutible, como de hecho lo fue para Mansilla en *Una excursión a los indios ranqueles* a propósito de la descripción del paisaje de las pampas, el viaje real, material y militar quedó registrado en el *Diario de Marchas de la Expedición al Desierto en 1833*, que redactó en tono administrativo Juan Antonio Garretón, coronel de Rosas, y publicó fragmentaria y periódicamente la *La Gaceta Mercantil*.

³ *Una excursión a los indios ranqueles* también podría pensarse en relación con relatos de viaje futuros, tal cual lo hace Javier Uriarte (2020) al leerlo como anticipo del recorrido por la Patagonia de Francisco Moreno, narrado en su *Viaje a la Patagonia austral* (1879), porque en ambos, aunque ya casi sin distancia en Moreno, se avisa la expedición militar ofensiva: “What Mansilla expresses here as a desire or project (recognizing land for the armies that will come after him) is by contrast *exactly what Moreno does.*” (189) En su libro, Uriarte aborda la guerra como generadora de “desierto” o “desertificación” con su objetivo de convertirlo en tierra productiva, y propone, por lo mismo, que de la guerra no hay retorno posible: “there is no coming back from war: returning the gaze to the state, the place from which one has figuratively embarked, sometimes leads to no longer recognizing oneself in it” (5). El hecho de que Mansilla haya sido pero deje de ser, en el mismo viaje, representante del estado, desestabiliza por completo su experiencia y su relato: no hay en Mansilla desierto ni desertificación; el espacio está pleno de accidentes geográficos, de cuerpos y sonidos, de acciones y relatos, todo es pura variedad y variación.

Si empecé con el episodio del cautiverio del perro fue porque, tal como lo presenta Mansilla en el penúltimo capítulo de *Una excursión a los indios ranqueles*, esa escena no hace otra cosa que condensar casi sin palabras lo que en los momentos fundamentales para consensuar la paz se dirimió por medio de la palabra: una palabra política que reveló finalmente su carácter violento. Porque la paz entre indios y cristianos radica en un intercambio comunicativo desigual; porque la violencia contra el indio, cuya expresión mayor sería la guerra de exterminio de 1879, no se opone a la relación entre lenguaje y política sino que esta relación es solo una de sus investiduras. En definitiva: si *Una excursión a los indios ranqueles* ha sido leído siempre en función de una relación pacífica con los indios, propongo leerlo, en cambio, como un texto que habla de la guerra.

Palabra y política: los reverses de la paz

El 30 de marzo de 1870, Mansilla salió del Fuerte Sarmiento, ubicado en la localidad cordobesa de Río Cuarto, en el centro oeste del país, con destino a Leubucó, a unos cuatrocientos kilómetros al sur, y regresó a los dieciocho días, el 20 de abril. *Una excursión a los indios ranqueles* se publicó por entregas en *La Tribuna* (1853-1880) de los hermanos Varela, que según noticias de la propia redacción contaba por entonces con unos cinco mil suscriptores, siendo considerado el periódico más leído en el Río de la Plata. El relato de Mansilla, que comenzó ocupando la primera columna de la primera página de las pocas que tenía el diario, seguía el formato de cartas dirigidas a su amigo Santiago Arcos. Fueron sesenta y seis cartas, de las cuales las cincuenta y cuatro iniciales se publicaron con sistematicidad entre el 20 de mayo y el 7 de agosto de 1870, mientras las siguientes salieron espaciadamente hasta el 7 de setiembre; por último, las dos cartas finales junto con el epílogo se conocieron recién en la edición en volumen, que salió a finales de ese mismo año por la imprenta de *La Tribuna*.⁴ La escena del cautiverio del perro, incluida, recordémoslo, en la penúltima carta, es por lo tanto estrictamente otro final del relato de la excursión por la paz: lxs lectores del

⁴ Lo que en la prensa eran sucesivas cartas familiarmente dirigidas a “Santiago” y firmadas por “Lucio”, en libro resulta una extensa carta única separada en capítulos. Además, el volumen incluía dos textos típicos de las relaciones de élite: una “Carta a Orión”, el seudónimo de Héctor Varela en la prensa, que escribía a Mansilla agradeciéndole la publicación en volumen, y una nota de Varela a Mansilla devolviéndole elogios. También acompañaba el volumen un retrato del autor y un mapa desplegable de las tierras recorridas realizado por Mansilla, junto con una advertencia anticipando las cartas: “Para comprender algunas de ellas es menester estar al cabo de la vida política y social de la República” (aludiendo en parte a los sucesos desencadenados al regreso de Mansilla de Tierra Adentro, o sea la desaprobación de las tratativas de paz y su destitución).

folletín no llegaron a leerla (si lo hicieron) hasta un par de meses después en el libro.

El hecho de que Mansilla se haya enterado a su vuelta de que, pese a haber contado con el permiso de su superior, el general Arredondo, ni el acuerdo de paz tenía validez ni él mismo autoridad alguna, provoca efectos de diverso orden. No solo la expedición militar había resultado un fracaso en términos políticos sino también su gestión como comandante de fronteras, a lo que había que sumarle una nueva y definitiva decepción con el presidente Domingo F. Sarmiento (1868-1874), cuya candidatura el propio Mansilla había contribuido a lanzar. Más allá de que haya sido o no el detonante de la escritura,⁵ en el relato que Mansilla va dando a conocer en la prensa hay marcas de todo lo ocurrido, que en parte explican las acechanzas de la guerra a la solución pacífica del conflicto con los indios. Porque la relación tensa entre la paz y la guerra, en esos años de debate alrededor del tema (que va desde los pactos desiguales de Bartolomé Mitre y Justo José de Urquiza con indios “amigos” como Coliqueo en los años 50 y 60, a la llamada zanja de Alsina iniciada durante el gobierno de Nicolás Avellaneda a mediados de los 70 y finalmente la “solución final” de la campaña militar ofensiva de Julio Argentino Roca) en 1879, se juega ya de entrada en el relato de Mansilla: en el título y en el destinatario de las cartas. En el título, a la expedición militar se la denomina “excursión”, lo que implica no solo tomar distancia de las incursiones a Tierra Adentro propias de las campañas contra el indio, como es evidente, sino también, y más fundamentalmente para mi argumento, tomar distancia del propio viaje de negociación con los indios que, siendo finalmente fallido, resulta en una suerte de aventura domesticada como lo es una excursión. En ese doble distanciamiento, quiero decir, se escribe en el revés de la guerra: la paz, pero a la vez mostrando la cortedad de esa paz, su condición circunstancial, su insignificancia en términos políticos. En ese punto, y con el mismo tono ligero, la guerra vuelve a ser evocada en el destinatario de las cartas que forman *Una excursión a los indios Ranqueles*: aunque Mansilla no lo mencione, su amigo Santiago Arcos fue el autor del opúsculo *Cuestión de indios*, de 1860, donde proponía, con argumentos económicos y racialistas, la invasión de las tierras habitadas por los

⁵ “Entre las razones de la escritura y sobre todo en la elección del destino del viaje y en la elección de los cruces de género para relatarlo, también es decisiva su disputa con Sarmiento. Al apostar a la narración de un viaje tan breve y tan poco convencional, Mansilla decide, nuevamente, jaquear al adversario” (Iglesia 2002, 79). A las expectativas frustradas de un nombramiento presidencial como consecuencia de haber impulsado la candidatura presidencial de Sarmiento, se le agrega la frustración por la falta de reconocimiento al actuar en la Guerra del Paraguay, a cuyo mando estuvo Dominguito (el hijo de Sarmiento con quien tuvo estrecho vínculo), y también en el Fuerte Sarmiento. La relación entre Mansilla y Sarmiento estuvo llena de malentendidos y contribuyó a intensificar los rasgos de excentricidad del primero.

indios y el ataque a los toldos, la guerra total contra el indio (“es necesario abandonar la guerra defensiva para hacer la guerra ofensiva” [Arcos 1860, 11]).

Por todo esto, considerar la escritura de *Una excursión a los indios ranqueles* como resultado del encuentro entre un yo excéntrico que escribe también excéntricamente y una situación personal particular que se dirime en el antagonismo con Sarmiento, es decir, considerar la escritura de Mansilla en términos casi exclusivamente autobiográficos, es solo una perspectiva posible. Me interesa en cambio acá pensar en términos históricos y literarios: a los dos viajes fundacionales que a mediados de los años 30 buscaron territorializar el desierto ocupándolo material y simbólicamente, el viaje real de Rosas y el viaje ficcional de Echeverría, Mansilla los desanda quitándoles tanto la épica como la idealización romántica. Pero sobre todo me interesa, en la doble reactualización del viaje Tierra Adentro que hace Mansilla más de treinta años después, mostrar que la palabra política en la que se basa la firma de la paz falla por su violencia constitutiva y cómo esa falla desencadena las decepciones que buscan resolverse con la adopción final de la perspectiva ligera de la comedia. En ese punto, *Una excursión a los indios ranqueles* puede leerse, sin abandonar del todo el interés autobiográfico, enfatizando su fuerte politicidad. Esa politicidad, propongo, excede los problemas, malentendidos, fracasos, “calaveradas” autobiográficas y asume una dimensión más amplia.

Apenas llegado a Leubucó, Mansilla se topa con los indios, se deja abrazar por ellos, se entrega a los reiterados brindis sin rechazar ni un yapaí, se mezcla con todos. Si bien estos contactos de los cuerpos entre Mansilla y los ranqueles son imprescindibles para entrar en confianza, no resultan suficientes para conseguir la firma del tratado de paz. Es que entre la sociabilidad de los cuerpos y la firma de la paz hay una instancia comunicativa, igualmente ritualizada, que es la de la comunicación oral. Ya David Viñas en *Indios, ejército y frontera* (1982) ponía mucho énfasis en que la voz en *Una excursión a los indios ranqueles* era prioritaria porque allí los indios hablan; y más recientemente, por su parte, Fermín Rodríguez señalaba cuánto habla Mansilla de sí haciendo referencia a su “pulsión oral” (352-355). Pero yo querría ir en otra dirección (ni el “dar la voz” a los indios ni la “imagen de sí” de Mansilla) teniendo en cuenta los intercambios entre Mansilla y los ranqueles, porque es una de las claves para entender la relación entre narración y política: el privilegio dado a la palabra en el marco de la sociabilidad ranquelina. Porque el mundo ranquel es un mundo oral (aunque en el toldo de Mariano Rosas Mansilla encuentre el mismo diario *La Tribuna* en el que publica su relato): en *Una excursión a los indios ranqueles* es posible rastrear una suerte de ordenación de todos

los sonidos que llenan Tierra Adentro, desde las pampas a los toldos, pero también desde los ámbitos de sociabilidad espontánea o de baja formalización (encuentros casuales, visitas, comidas, brindis) a aquellos de sociabilidad institucional o diplomática (ceremonias de recepción con sus parlamentos y sus razones, juntas deliberativas). Su culminación radica en el lenguaje entendido no solo como instrumento de comunicación política, según se observa en las conversaciones entre Mansilla y Mariano Rosas (caps. XXXVIII, XL), sino como objeto mismo de la política, según ocurre en la deliberación sobre la paz en la junta ranquel (caps. LIII y LIV).⁶

Aunque el Tratado de paz lleva la firma de Mariano Rosas, Mansilla se da cuenta de que no tiene validez si no pasa por la Junta deliberativa ranquel, cuya palabra es la única que lo legitima; la participación de Mansilla en esa sociabilidad institucionalizada del mundo ranquel para explicarles a los indios los términos del tratado es uno de los momentos culminantes del relato. Tras el extenso ritual de saludos entre el séquito del cacique ranquel y el de Mansilla, todos toman asiento y se inician los parlamentos con un discurso inaugural de Mariano Rosas. Después, comienza el debate, siempre con la mediación de los lenguaraces; en uno de sus primeros turnos, Mansilla lee los artículos del tratado y a instancias de Mariano Rosas repite la lectura de los que “estipulaban la entrega de yeguas, yerba, azúcar, tabaco, etc., diciéndome que quería que todos los indios se enterasen bien de la paz que se iba a hacer” (300). Y entonces agrega Mansilla: “Esta última frase, *que se iba a hacer*, dicha después de estar firmado, ratificado y canjeado el tratado de paz, era otra originalidad verdaderamente ranquelina. No una vez sino varias la había dicho ya. Me hacía muy mal efecto” (300). Es el consenso oral expresado en la aprobación de la junta lo que legitima el tratado, de allí que la importancia de la palabra sea subrayada una y otra vez.⁷

En *Una excursión a los indios ranqueles* hay, como se observa en las conversaciones con Mariano Rosas y en el comienzo del episodio de la junta ranquel, una vía pacífica para resolver la llamada cuestión del indio, negociando y confiando con ese fin en la palabra, comunicativa y políticamente. La palabra, entendida como palabra política, sirve para comunicar y también para persuadir, y está acompañada de lo que, citando a Cicerón, Mansilla llama “quasi sermo

⁶ Ya en el primer encuentro con un grupo de indios, Mansilla y los indios se van a topa pero se paran justo a tiempo frente a frente; entonces Mansilla les dice “buenos días, amigos, ¿cómo les va?”, ellos responden y ahí se comunican brevemente a través del lenguaraz y recién entonces se dan la mano “con verdadera cordialidad” (78-79).

⁷ Un ejemplo contundente, ya terminada la junta ranquel: “Las paces estaban definitivamente hechas. / El sufragio popular les había puesto su sello soberano en la junta. / Las sospechas habían desaparecido. / Yo era mirado ya como un indio” (316).

corporis” (esa gestualidad que a veces se convierte en mímica para adecuarse al lenguaje del otro).⁸ El capítulo LIV despliega exactamente eso. La junta grande ranquel dura once horas, en las cuales Mariano Rosas y Mansilla hacen largas exposiciones, y en las que a Mansilla le formulan preguntas que debe responder para convencer a su auditorio: “—Ya ven ustedes—gritaba con toda la fuerza de mis pulmones y mímica indiana, para que todos me oyeran y creyendo seducirles con mi estilo—cómo los indios ranqueles son preferidos a los de Calfucurá” (301). Mansilla tiene incluso conversaciones personales con algunos miembros de la tribu, por ejemplo, con el anciano que no está convencido de sus argumentos y a quien debe repetirle nueve veces una misma parrafada sobre la paz hasta convencerlo (309-310).⁹ Sin embargo, esa misma fuerza de la palabra pone en evidencia una fractura. El hecho de que el Congreso finalmente no haya ratificado la validez del tratado, de un modo similar aunque no igual a como podría haberlo hecho la junta ranquel (“Los extremos se tocan”, repite Mansilla [302]), aparece en el relato a modo de anticipo de una posibilidad en la que Mansilla dice no creer pero que podría concretarse, tal como ocurrió: “Mariano Rosas me dijo: —¿Pero el Congreso puede desaprobar? Yo no podía confesar que sí; me exponía a confirmar la sospecha de que los cristianos sólo trataban de ganar tiempo; recurrí a la oratoria y a la mímica, pronuncié un extenso discurso lleno de fuego, sentimental, patético” (302).

¿No estamos acá, en este momento del relato de Mansilla, en plena crisis del paradigma comunicativo? ¿No se instala en el lenguaje, en la propia palabra política, una primera distorsión que nos ubica en el umbral de la violencia? Al participar de la oralidad ranquel y específicamente de la confianza en esa oralidad como legitimadora de pactos y tratados, Mansilla parece partir, desde su propio mundo, de ese supuesto de origen aristotélico según el cual política y lenguaje se atraen fuertemente; más aún: según el cual la palabra estaría exenta de violencia, estaría por fuera de la violencia. De acuerdo con este paradigma, se trata, como explica Roberto Esposito en sus *Diez pensamientos acerca de la política*, de asignar al lenguaje “el rol de defensa de una política no-violenta contra el avance e

⁸ En este punto, la cuestión del lenguaje se toca con la del cuerpo, a partir de la cual puede hacerse un amplio abordaje de *Una excursión a los indios ranqueles* (Fontana 2015, entre otros).

⁹ Releer el capítulo LIV no tiene desperdicio: toda la relación de los discursos y los diálogos de la junta que hace Mansilla muestran el énfasis puesto en la explicación para convencer a los ranqueles pero también el desafío de los ranqueles con sus preguntas a Mansilla esperando una respuesta que los satisfaga y, precisamente, conanza de la sinceridad del tratado de paz: que más tarde Mariano Rosas le diga a Mansilla que tuvo una postura distante con él para que los ranqueles no creyeran en su favoritismo y confiaran en él (312-313) no va en contra de la importancia dada a la palabra; más bien la despoja de elementos que puedan alterar su valor intrínseco.

intromisión del dominio ilegítimo” (194). Sin embargo, como agrega Esposito al referirse a la palabra política, “una alteridad la empaña e introduce en ella un elemento opaco y deformante: interés, poder, violencia” (193). Y lo hace porque la estructura de la comunicación no es horizontal ni es simétrica, sino vertical (201).

Si hago este planteo a propósito de la inserción de Mansilla en el mundo oral ranquel de corte institucional según lo relata en *Una excursión a los indios ranqueles*, es porque aparece allí una suerte de paradoja que no es tal sino que es la colisión entre dos paradigmas distintos respecto de la palabra política. Porque Mansilla participa de la junta para ser evaluado, sometido a interrogatorios, para ser aceptado o rechazado en función de lo que exponga y responda; es él solo frente a su par Mariano Rosas y a una numerosa cantidad de ranqueles que lo interpelan e incluso lo amenazan. Y aun así, el uso que hace de la palabra política es explicativo-persuasivo: “No es lo mismo—les dije”; “Ustedes no saben nada porque no saben leer, porque no tienen libros”; “Oigan lo que les voy a decir para que no vivan equivocados”; “¿Qué están creyendo ustedes? Ya ven como no saben nada”; “Óiganme con atención”; “Están equivocados—les contesté—; los gringos, que eran los españoles, trajeron todas esas cosas. Voy a probárselo” (304-306). Es decir: la violencia se inviste de esa forma superior de dominio que es el diálogo, que se funda en la reciprocidad de las palabras y en la igualdad de los hablantes, como si en verdad eso fuese posible (Esposito 2012, 207).

La crisis de la palabra política, la revelación de su fisura, del desajuste total entre lenguaje y política alcanza su punto culminante cuando la palabra política se nombra como “palabra de honor” para dirimir la relación entre indios y “cristianos” en términos de paz o de guerra: “Dígame entonces, si tienen palabra de honor—repuso [Mariano Rosas]—por qué estando en paz con los indios, Manuel López hizo degollar en el Sauce doscientos indios?” (306) Y entonces Mansilla responde que ellos hicieron más matanzas de cristianos que los cristianos de indios y remata: “Inventé todas las matanzas imaginables y las relaté junto con las que recordaba” (307). “¡Wincal, ¡wincal, ¡mintiendo!” (307), respondieron algunos ranqueles. Esa palabra política es una palabra violenta porque se pone en lugar de la acción imposible que estaría buscando comunicar (las acciones de paz) y solo muestra, en su opacidad, lo inexpresado. Y lo inexpresado de la palabra política, propio de su falla, de su fisura, es el desastre, en este caso, la guerra de exterminio. Ahí es, justamente, donde radica la acción y donde están los cuerpos. De hecho, un año después, los toldos ranqueles fueron atacados y prácticamente exterminados por las mismas fuerzas del general Arredondo que le había dado

permiso a Mansilla para su misión de paz. En esa ocasión, Mariano Rosas se salvó, y murió recién en 1877 de viruelas; su cráneo fue entregado después al Museo de la Plata, de cuya colección pasó a formar parte.

No sugiero, con este planteo, que Mansilla sea un mentiroso; tampoco que oculte o espíe. No habría un doblez en la actitud de Mansilla, un doble discurso, un cinismo. De haberlo, no sería posible el reconocimiento del mundo ranquel como un Otro al que intenta comprender, muchas veces lográndolo, y que lo atrae al punto de, por momentos, empatizar con él (con variaciones, Fontana 2015, Pauls 2018, entre otros). En todo caso, si a veces finge, si a veces actúa *como si* (al igual que lo puede mostrar a Mariano Rosas actuando o simulando), también en ocasiones se convierte en bufón, ridiculizándose (Fontana 2015),¹⁰ de modo que el equilibrio que parecía a punto de perderse se recompone. Lo que propongo, por eso mismo, es considerar, en el propio despliegue de esa comunicación basada en la relación entre lenguaje y política, la confianza inicial de Mansilla en la palabra hasta la revelación del hiato constitutivo, el cual se expresa abiertamente en la escena que analicé antes. En ese sentido, lo que cambia es la idea de lenguaje que maneja Mansilla, que es desplazada al final por una idea diferente a la de la comunicación recíproca entre iguales. Una idea, que ya anticipé y que ahora enuncio con otro matiz, según la cual la palabra política es también un ejercicio de violencia con la que se busca someter al Otro. Propongo pensar entonces, en la misma dirección, la transformación del propio sujeto que enuncia, un sujeto que no es siempre igual a sí mismo sino que se va construyendo a medida que ocupa el espacio del Otro con su propio cuerpo, pero no solo porque se transfigura en ranquel (como cuando toma y toma aguardiente a instancias de Mariano Rosas [243]), sino porque su paradigma comunicativo entra en crisis y es sustituido por una idea de lenguaje diferente de aquella con la que emprendió camino a Leubucó.

La paz o la guerra

Ahora bien: ¿entabla acaso esta decepción múltiple alguna relación con la situación enunciativa del propio relato? ¿Es posible encontrar alguna repercusión, aun cuando no sea buscada o directa? Volvamos a la publicación por entregas: sistemática los primeros meses, irregular después, hasta poner en suspenso la conclusión que solo se conoció en volumen. Los motivos de este cambio de ritmo no se explican nunca en el diario, tampoco lo hace Mansilla. Sin embargo, recorrer

¹⁰ Patricio Fontana (2015) propone, en su renovadora lectura de los sentidos en *Una excursión a los indios ranqueles*, el relevo de lo militar por lo bufonesco: una narración, la de Mansilla, en la que el yo hace pasos de comedia.

los sucesivos números de *La Tribuna* nos permite hacer algunas inferencias. A medida que la publicación de *Una excursión a los indios ranqueles* pierde periodicidad, las noticias sobre la guerra franco-prusiana ganan más espacio y relegan de las páginas del diario los demás temas.¹¹ Como si la circulación modernizada de la información, que llega desde Europa a través del vapor hasta Montevideo en tres semanas y de allí rápidamente a Buenos Aires a través del cable subfluvial que une las dos ciudades desde 1866, fuera una suerte de anticipo de la transformación total de la relación entre tiempo y espacio que se inauguraría a finales de la década de 1870 con el cable transatlántico. Esa modernización tecnológica “prototelegráfica” (Caimari 2015, 135), que afectó a los vapores y el cable y acortó la distancia de dos o tres meses a unas tres semanas, impactó particularmente en *La Tribuna*, que desde el primer momento tuvo sede en Montevideo y pudo adelantarse en un par de días a los otros diarios con las noticias llegadas desde Europa.¹² Por un efecto anticipadamente moderno, entonces, la Tierra Adentro al sur de las provincias centrales, cuya distancia no podía acortarse como lo había hecho la distancia entre la ciudad y la campaña, y en la que transcurre una excursión con final sabido y deceptivo, parecía todavía muy remota; en contraste, parecía más cercana la Europa transatlántica a la que de pronto los avances tecnológicos lograban convertir en una noticia fresca que generaba suspenso día a día y que era escenario de una guerra con desenlace aún desconocido. Casi una burla, finalmente: una guerra transnacional y lejana cuyas noticias informan tardíamente, desplaza a las domesticadas aventuras por Tierra Adentro que narra Mansilla tras haber estado allí.

Podría verificarse, en esta disputa por los lectores, el triunfo de la información frente a la narración, entendida como la transmisión de boca en boca de una experiencia lejana en el tiempo o en el espacio, tal como en su artículo “El narrador”, de 1936, explicó Walter Benjamin (1986), que había ocurrido como consecuencia de la primera guerra mundial. Sin embargo, todavía, en la prensa, y

¹¹ La guerra franco prusiana tuvo lugar entre el 19 de julio de 1870, es decir poco después del inicio de la publicación de *Una excursión a los indios ranqueles*, y el 10 de mayo de 1871. En su investigación sobre el impacto de la guerra franco-prusiana en la prensa de la época, Sergio Pastormerlo señala que la noticia de la declaración formal de la guerra que le envía Francia al gobierno prusiano llegó al Río de la Plata, siguiendo las habituales demoras, veinte días después, provocando en los meses subsiguientes lo que se dio en llamar una “fiebre noticiosa” que aumentó las suscripciones en por lo menos un millar (Pastormerlo 2016, 24).

¹² “En 1870, cuando las noticias tardaban un tercio de lo que demoraban cincuenta años antes, la modalidad de inserción y jerarquización era esencialmente la misma. Los lectores porteños siempre habían leído información internacional—europea—con conciencia de una brecha temporal; estaban acostumbrados a esa operación: la novedad era sencillamente que las valijas eran más frecuentes, y que esa brecha se había acortado” (Caimari 2015, 133).

quizás por la misma dilación en el modo de informar, también “las noticias de guerra se podían leer en serie, como un folletín” y lxs lectores podían tomar partido junto con el diario por el bando que esperaban fuera vencedor de la contienda (Pastormerlo 2016, 24). Claro que, paradójicamente, el “folletín” que se queda sin final en la prensa no es el de la guerra europea, cuando se sepa que Francia ha sido vencida por las fuerzas prusianas, sino el de Mansilla. El relato se empieza a espaciar en *La Tribuna* justo tras concluir la junta grande ranquel en la que se discute en torno de la palabra de honor, y se suspende cuando Mansilla está por emprender el camino de regreso (“Mi cálculo era llegar a la Verde al ponerse el sol. / Llegué a un campo pastoso, hice alto un momento, la arena nos ahogaba.” [174]).¹³

A esta altura, cabe preguntarse qué tipo de aventura esperaban los lectores de un viaje a la tierra en la que vivían los indios ranqueles. Más aún: ¿las expectativas sobre esa aventura son las mismas expectativas que hay sobre su relato? Al promediar las entregas en el diario le aclara Mansilla a Santiago Arcos: “Comprendo, Santiago amigo, que estos detalles son poco filosóficos e instructivos; pero hijo mío, ya que no puedo cantar las glorias de mi espada, permíteme describirte sin rodeos cuanto hice y vi entre los Ranqueles” (244).

¿Qué le queda a Mansilla al escribir en 1870 *Una excursión a los indios ranqueles* no solo sin épica sino, también, con la revelación de la constitución violenta de la palabra política? Si lo que le queda es la comedia en tanto política de la narración, parece insuficiente para el afán de aventuras reales y ficcionales que demuestra tener el público. Quizás acá habría que recordar que, tras su primera edición, el libro de Mansilla fue premiado en 1875 en el Congreso Internacional Geográfico de París como mejor ensayo, lo que muestra cuál fue la lectura contemporánea predominante que impulsa la edición alemana de Leipzig de 1877 como parte de una colección de textos en lengua española difundidos junto con una extensa noticia biográfica del autor. Cuando en 1890 la última edición autorizada de *Una excursión a los indios ranqueles* sea publicada por la Imprenta de

¹³ En el relato de Mansilla, la guerra franco-prusiana solo aparece como alusión al referirse al contexto internacional para comparar a ciertos personajes con lo que ocurre en el Río de la Plata o destacar su dominio sobre las “muchedumbres”: “Mariano Rosas, después de haber resuelto la paz, acusándome en público de las matanzas de López y Rosas; Baigorrita dominado por la misma idea, silencioso, irresoluto en presencia de la multitud, ¿no hacían el mismo papel de Napoleón III proclamando: *el imperio es la paz*, al mismo tiempo que se armaba hasta los dientes? (314) y “Ayer era Napoleón III erigido en campeón de las nacionalidades, triunfador en Magenta y Solferino, en nombre de la *Federación Italiana*, hoy es Bismarck en nombre del *Germanismo* al grito de la *galofobia*; mañana será otro Pedro el Grande en nombre del *Panslavismo*, valiéndose de la turbulencia moscovita, de la ignorancia de los siervos y del fanatismo religioso” (Mansilla 1986, 382). Como resulta evidente, la alusión no es relevante en términos de la interrupción sufrida en el diario por *Una excursión a los indios ranqueles*.

Juan A. Alsina (en paralelo con las exitosas causeries que salían por entonces en el diario *Sud-América*), estará acompañada de un prólogo en francés del sobrino de Mansilla y de un retrato litografiado, y también de una serie de ilustraciones del pintor español José Bouchet, que trabajaba entonces en la decoración del Museo Nacional de La Plata, lugar de destino de varios indios e indias tomados prisioneros en la campaña bélica del gobierno nacional en 1879.

Contada por Mansilla como comedia de una excursión, la guerra acecha a la historia de la expedición militar a los ranqueles en misión de paz. Es cierto que el efecto provoca apenas un final deceptivo en la historia y en su relato, pero también lo es que solo posterga el desenlace trágico, el otro y definitivo final: el exterminio futuro sobre el que se refundaría el territorio nacional unos años después.

Bibliografía

- Arcos, Santiago. *Cuestión de indios. Las fronteras y los indios*. Buenos Aires: Imprenta de J. A. Bernheim, 1860.
- Benjamin, Walter, “El narrador” (1936), *Sobre el programa de la filosofía futura*, Barcelona: Planeta-Agostini, 1986. 189-212.
- Caimari, Lila, “El mundo al instante. Noticias y temporalidades en la era del cable submarino (1860-1900)”, *Redes*, vol. 21, núm. 40 (junio 2015): 125-146.
- Esposito, Roberto. “Palabra”. *Diez pensamientos acerca de la política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012. 193-218.
- Fontana, Patricio. “El cuerpo se acostumbra a todo. Mirada, tacto e histrionismo en *Una excursión a los indios ranqueles*”, *Zama*, Año 7, núm. 7, Facultad de Filosofía y Letras—Universidad de Buenos Aires, 2015.
- French, Jennifer L. “Un mundo al revés. Lucio V. Mansilla y la Guerra del Paraguay”, en *Les guerres du Paraguay aux XIXe et XXe siècle*, Nicolas Richard, Luc Capdevila et Capucine Boidin dirs., *Actes du Colloque International Le Paraguay à l'ombre de ses guerres. Acteurs, pouvoirs et représentations*. Paris, 17-19 noviembre 2005.
- Iglesia, Cristina. “El placer de los viajes. Notas sobre *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla”, *La violencia del azar. Ensayo sobre literatura argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2002. 77-85.

- Mansilla, Lucio V. *Una excursión a los indios ranqueles* (1870). Buenos Aires: Hyspamérica-Ayacucho, 1986.
- Pastormerlo, Sergio. “Sobre la primera modernización de los diarios en Buenos Aires. Avisos, noticias y literatura durante la Guerra Franco-Prusiana (1870)”, en Delgado, Verónica y Geraldine Rogers eds., *Tiempos de papel: Publicaciones periódicas argentinas (Siglos XIX-XX)*, La Plata: Universidad Nacional de La Plata—Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2016. 13-37.
- Pauls, Alan. “Prólogo” a Lucio V. Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires: Penguin, 2018. 23-41.
- Rodríguez, Fermín. “Ejércitos”. *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2010. 323-362.
- Uriarte, Javier. *The Desertmakers. Travel, War, and the State in Latin America*. New York & London: Routledge, 2020.
- Viñas, David. “Mansilla, arquetipo del ‘gentleman’ militar (1870)”. *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1982. 149-158.